

María Agustín, paseo de la arquitectura

Juan Domínguez Lasierra



Fotografía: Simeón Ullod

“ La vía zaragozana es una lección de arquitectura, al margen de las excelencias intrínsecas de sus construcciones singulares. Lo es por la variedad de éstas, como muestrario de tan distintas tipologías arquitectónicas como se suceden a lo largo de su curso. ”

María Agustín no solo es una heroína de los Sitios ni solo el paseo donde mora el IACC. Además del Museo de Pablo Serrano, la vía zaragozana es una lección de arquitectura, al margen de las excelencias intrínsecas de sus construcciones singulares. Lo es por la variedad de éstas, como muestrario de tan distintas tipologías arquitectónicas como se suceden a lo largo de su curso, que se inicia en la Puerta del Carmen (1795, Agustín Salz) y acaba en el Ebro, en la plaza de Europa, con su columna egipciaca de mármol negro de Calatorao, que si no recordamos mal se debe al artista Pagnusat.

Si nos ponemos en la mano derecha del Paseo, los edificios que se suceden conforman ejemplarmente esa variada lección:

El convento de las Carmelitas Calzadas, con su desnudo lienzo circular de ladrillo, festoneado de

ventanas celosías, que hace chafalán con Cesaraugusto, y con la única ruptura de la entrada de la iglesia, al modo de los pórticos románicos, en una sencilla pero eficaz remembranza.

El edificio Ebro, con su pasaje interior hacia la calle Albareda, edificio pionero en su fecha de construcción, 1969, obra de José Rivero Solano, tanto en su concepto arquitectónico como por su modelo de gestión, que otros seguirían después. Recuerdo que hasta un grupo de estudiantes japoneses de arquitectura vinieron a visitarlo. Por algo sería.

La Iglesia del Carmen, de los padres carmelitas, de rompedora imagen, levantada en los años sesenta y sin duda influenciada por el Concilio Vaticano que inspiró también la nueva arquitectura religiosa, con su contraposición de volúmenes, empleo del cemento, su

torre quintaesenciada, simbólica, y esas vidrieras que conforman todo el lienzo derecho, y gran parte del atrio, que con la iluminación interior producen un espectacular efecto nocturno. Fue obra del arquitecto José Romero Aguirre y se nota tanto al exterior como al interior.

El Ambulatorio Ramón y Cajal, de sencilla estructura de cajón, resuelta con admirable economía.

El edificio de la Delegación del Ministerio de Salud y Trabajo, obra de los años sesenta del gran Fernando García Mercadal, como una depuración de sus “monstruos” de la Seguridad Social, y toques de autoría que alivian la linealidad cubista del conjunto.

El Museo Pablo Serrano (IACC), obra ejecutada sobre las antiguas naves del primitivo Hogar Pignatelli (Julio Bravo, 1916), sobre las que Pérez Latorre levantó el primitivo museo, con muralla superpuesta de cemento y un simulacro de arroyuelo delantero, con puentecillo japonés, sin duda pensando que la presencia del agua aliviaría la sequedad del envoltorio. De su actual remodelación, ya se habla en otras páginas.

Tras un solar vacío, en cuyo destino no se ponen de acuerdo desde hace décadas Diputación y Ayuntamiento, sigue la tríada de los edificios antiguamente llamados “de la Diputación”, pues para los funcionarios de la corporación provincial se levantaron, edificios en los que Teodoro Ríos recreó, con mayor confort, formulas anteriores de edificios de interés social, estructura más que de cajón de caja de cerillas, firmemente construidos, y con el ladrillo caravista como elemento predominante, con pequeños jardincillos entre los edificios.

A la tríada le sucede el edificio de oficinas de la Policía Nacional, construido con criterios de modernidad en sus materiales y colores, con una amplia escalera de entrada que le da prestancia externa.

Viene luego, oculta en parte por el anterior edificio, lo que le resta el impacto arquitectónico que podría tener, la venerable fábrica del viejo Hogar Pignatelli, hoy convertida en sede de la Diputación General de Aragón. No vamos a detenernos más.

Cruzando la calle de Gómez Salvo, que conduce a la Plaza de Toros (Navarro Pérez, Martínez de Ubago, 1916), y a la entrada principal de la sede del gobierno aragonés, está el edificio de la antigua Maternidad, que conserva el regusto antañón neoclásico de los antiguos edificios públicos, que hoy acoge distintas instituciones provinciales.

Tras un espacio en blanco, que conserva aún el muro exterior del viejo cuartel de artilleros, el edificio de la Telefónica imprime su contundente imagen con una construcción a modo de mastaba de elegante volumen.

Y así llegamos, tras unas construcciones recientes, a la fachada posterior de la Iglesia de Nuestra Señora del Portillo (remodelada en 1984-86 por Pérez Latorre), a Conde de Aranda y al fin de recorrido de este tramo derecho de María Agustín, que se prolonga hasta la plaza de Europa sin mayores incidencias.

El lado izquierdo, sin tanta variedad de tipologías constructoras, no deja de tener sus hitos.

Casas de construcción ecléctica en sus inicios, con un edificio inicial de señorial porte, y un edificio racionalista en medio, el número 7, obra de José Beltrán de 1934, nos llevan al espacio del Centro Escolar Joaquín Costa, construido por Miguel Ángel Navarro en 1929, escuela pionera en su tiempo, y cuya prestancia neoclásica adquiere todo su esplendor en su chaflán curvo, con pórtico columnado en doble altura y su remate de bajorrelieves con escudo. Detrás, formando parte de la misma manzana, la Hermandad del Refugio, obra de Borobio Ojeda, del mismo año,

de inspiración racionalista, y a continuación, el edificio de la Policía Armada, obra de Romualdo Madariaga, de 1927-43, también de inspiración racionalista.

Siguen al Colegio Joaquín Costa, tras el cruce por General Mayandía, las llamadas “casas militares” que iluminan el sector con sus fachadas blancas y la contundencia de su enorme volumen unitario. Tras el paso de la rotonda, la vieja estampa de Averly, fábrica y casa señorial a un tiempo, con la solera de su portalada, y esa verja que semioculata un decimonónico jardincillo romántico, superviviente en medio de la circulación que se dirige a Delicias. Tras unos edificios de distintas épocas y estilos, donde se hermanan racionalismo y modernismo, acabamos con la gran manzana del desaparecido Café de Madrid, refugio de viejos camioneros, y hoy en expectativa de destino... Hasta la plaza de Europa, edificaciones recientes de tipología convencional.

Decía al comienzo que el paseo de María Agustín era una lección de arquitectura. Es de esperar que este repaso telegráfico de sus construcciones singulares abone la opinión. No creo que sea impropio llamar a María Agustín paseo de la arquitectura.